

De fantasmas solares y melancólicos: una terapéutica fantástica.

Conocí a Ficino una primavera cuando andaba en los ínferos. A 516 años de su muerte sigue fascinando con su magia los espíritus de unos cuantos. Tres primaveras después, hoy que el sol me alcanza, relato un cuento de horror como pretexto para esclarecer el tratamiento psicoterapéutico que encuentro en Ficino; o a la inversa, relato el tratamiento psicoterapéutico de Ficino como pretexto para esclarecer un cuento de horror. Sea uno u otro, que esta reflexión sea más que una reflexión, sea testigo del proceso alquímico que se desarrolla; sea también una despedida, pero sobre todo, y siempre, una declaración de amor.

El pensamiento de Ficino, y el del Renacimiento en general, constituye una nueva fase de la larga y compleja tradición platónica. Ficino fue traductor de Platón, de Plotino y del Corpus herméticum, absorbió además influencia de Lucrecio, del pensamiento árabe y de la medicina y astrología de la época. La mezcla de todas estas tradiciones dentro de su cosmología y metafísica, hizo que su obra tuviera un impacto profundo tanto en el pensamiento de su tiempo, como en el de siglos subsecuentes.

Ficino afirma que el universo se constituye por tres instancias, o mundos, que descienden desde lo Uno hasta la materia informe: mente angélica, alma del mundo y cuerpo del mundo. Dicha jerarquía cosmológica es, a su vez, antropológica: el hombre se compone de tres cosas: alma, espíritu y cuerpo. Pues para los antiguos, el hombre era considerado un microcosmos que actuaba y se estructuraba en correspondencia con el macrocosmos: *lo que es inferior es como lo que es superior, y lo que es superior es como lo que es inferior, dice la Tabla Esmeralda.*

El medio de todas las cosas, el lazo y coyuntura del universo es el alma, el mundo que funde los dos niveles de la realidad: mente y cuerpo. Ficino llama al hombre el Alma misma, porque siguiendo a Platón, el hombre es un daimon que enlaza el mundo sensible o corpóreo con el mundo inteligible o divino. En el hombre mismo, a su vez, hay un daimon que liga la percepción sensible con la idea inteligible; este intermediario es el espíritu. El espíritu, o *spíritus*, cuyo origen se acoge en la idea del pneuma estoico y en los átomos de Lucrecio, son corpúsculos, casi alma, casi cuerpo, creados de la evaporación de la sangre a los que se le

atribuyen tres funciones cognitivas del alma, que ya remiten a Aristóteles: el sentido común o sensación, la imaginación y la fantasía.

En su *Teología Platónica* Ficino cuenta cómo Sócrates ve a Platón para mostrar que la función cognitiva del espíritu acontece en tres estadios que actúan simultáneamente: primero, a través de los sentidos, de los estímulos físicos, se obtienen imágenes de los objetos exteriores, éstas imágenes llegan a la imaginación y ésta formula una imagen incorpórea, pero fidedigna del objeto, que se fija en la memoria y en el alma. Luego la imaginación envía dichas imágenes a la fantasía, donde se sustrae la materia y la temporalidad para cargarlas de un sentido particular.

La fantasía es propiamente humana y constituye ese tercer mundo intermediario donde acontece el sentido, el *mundus imaginalis*. Capaz de asir dos planos ontológicos diferentes, traduce el pensamiento en sensación y la sensación en pensamiento. Es la actividad que atribuye cualidades a lo percibido, porque la belleza del **Verde** no está en el **Verde** mismo, sino en una intención incorpórea. De ahí que para Ficino, la fantasía sea la sensibilidad propia, pues al enlazar da un sentido a lo que se percibe; puede, incluso, dar cuenta de fenómenos que se asumen inexplicables. Por eso es lo que constituye la interioridad del hombre, porque acomoda toda percepción interior y exterior, porque moldea la forma en que el hombre siente y evalúa la existencia, su entorno¹.

Hay que aclarar que lo fantástico no es lo irreal o ficticio, sino lo que Corbin llama *imaginal*, una tercera dimensión no coaccionada ni por la realidad empírica ni por la racionalidad, pero que mantiene una realidad objetiva, pues la belleza del **Verde** es tan real como el dolor del fuego sobre la piel. Es un mundo autónomo intermedio entre la vida interior y el mundo externo, que tiene su propio órgano de percepción: la fantasía, la capacidad de crear imágenes con poder efectivo sobre nosotros.

Así, como cuenta Ficino, cuando Sócrates enuncia "este es Platón, hombre bueno, bello y amadísimo discípulo"² no hace más que afirmar un fantasma, un producto de la actividad fantástica. Los fantasmas son intenciones incorpóreas de los cuerpos, imágenes pintadas en la pared del corazón³ que, como no se sujetan ni a temporalidad ni a espacialidad, están presentes también en la ausencia porque trascienden las condiciones materiales. Son símbolos

¹ Priani, "El quinto elemento", 25-54.

² Teología platónica, V-VIII.

³ Agamben, *Estancias*, 128-129.

que remite a la particularidad del sujeto, a lo que siente y constituye el marco de su acción; son como el rayo de luz divino que al iluminar orna la materia y la hace mundo.

Hay que asumir que los fantasmas viven dentro de nosotros, que somos coleccionistas de ellos, campos de sus resonancias, y que una vez insertos no dejan de transformarse y de crecer⁴. Pues al estar constituidos por la libre voluntad del hombre adquieren movilidad y dinamismo. Lo que nos lleva a considerar lo que bien señala Agamben: el fantasma se polariza y se convierte en el lugar de una extrema experiencia del alma en la que ésta puede subir hasta el límite deslumbrante de lo divino o precipitarse en el abismo vertiginoso de la perdición y del mal.⁵ ¿Qué pasa entonces cuando hay fantasmas que nos producen una angustia melancólica y una condición patológica que perturba no sólo al alma sino también al cuerpo? ¿qué pasa cuando un fantasma, colado hasta las entrañas, vuelve pesada y sombría la existencia?

De la idea de espíritu como aparato neumático y de la teoría de los cuatro humores, ambas acuñadas en la medicina medieval y renacentista, se desprende la idea de los *flechazos de amor* del amor cortés: espíritus lanzados por los ojos que al introducirse por los ojos del amante, lo hieren y lo enferman. A este síndrome se le conoció como *amor hereos*: una angustia melancólica causada por un fantasma que se ha impreso en el sujeto de forma tan intensa que el fantasma es vivificado excesivamente, produciendo estragos en el cuerpo e inestabilidad emotiva. Se trata de un *mal de ojo*, de una infección fantástica que desencadena el temperamento saturnino en el amante: la melancolía. ***Es esa Medusa de hermosos ojos verdes que nos petrifica con su mirada, que nos vuelve de piedra nigerrima el corazón.***

*La intención del espíritu del amante se vuelca completamente en el pensamiento constante del amado. Y toda la fuerza de la complexión natural está dedicada a eso. [...] Disuelta la sangre pura y clara, queda la sangre machacada, seca y negra. De aquí el cuerpo se seca y empalidece, de aquí los amantes se vuelven melancólicos. Pues la sangre seca, espesa y negra produce la melancolía, esto es, la bilis negra, la cual con sus vapores llena la cabeza, deseca el cerebro, y no deja ni de noche ni de día de afligir el alma con imágenes tétricas y espantosas. [...] Habiendo observado estas cosas los médicos antiguos dijeron que el amor es una pasión cercana a la enfermedad atrabiliaria.*⁶

⁴ Cf. Agamben, *Ninfas*, 11.

⁵ Agamben, *Estancias*, 139.

⁶ Ficino. *De amore*, VI, 9.

El fantasma que se acoge y adhiere a las entrañas desencadenando la melancolía, se convierte en el mecanismo que desquicia y subvierte el equilibrio humoral, la salud y la conducta del sujeto. Culianu lo expresa perfectamente cuando dice que al sujeto, el *vampiro fantástico* lo ha devorado interiormente⁷. Porque el fantasma ha monopolizado las actividades del alma y se ha convertido en ella misma. El hombre es un alma, como afirma Ficino, pero si esta alma se ocupa completamente por un fantasma, éste usurpa su lugar y el hombre queda subordinado a él.

El peligro es claro, si el fantasma vampiro, ese que nos hechiza y produce el vínculo que nos hace perder la cabeza, enfermar y hundirnos en ese caos bilioso, gobierna toda la existencia, termina por aislarla. Esto es tan grave que la única manera de sobrevivir es morir. Llamo *fantasmas melancólicos* a aquellos que atormentan con una inquietud continua y delirios frecuentes, aquellos que llenan de tinieblas, de tristeza y de terror al alma. Sin embargo, no les doy una valoración negativa, pues los fantasmas no son ni buenos ni malos; los llamo así porque quiero reflejar la forma en que están incidiendo en la existencia en esa temporalidad particular: como melancolía.

Hablo de una psicoterapia, de una *terapéutica de fantasmas* a través de prácticas mágicas y alquímicas, de una transformación de fantasmas melancólicos a fantasmas solares porque ningún fantasma puede opacar la luminosidad del hombre, su condición daimónica, ni su naturaleza demiúrgica. Tomo como eje al fantasma amoroso, no porque sea el único que trae tristeza y aflicción al corazón, sino porque en el renacimiento, la enfermedad espiritual provocada por el amor acabó siendo exaltada como la verdadera salud del alma y del cuerpo. Pero ante todo, porque es sobre el cual se gestó esta reflexión, porque es la materia prima de mi *opus magna*. En un universo animado nadie escapa del círculo mágico, todos podemos hechizar y ser hechizados. La idea es dejar de ser pasivos para convertirnos en activos, dejar de ser pacientes para transformarnos en **Cazafantasmas**, en magos alquimistas y redimir nuestra naturaleza creadora.

El universo renacentista es un organismo animado, bien enlazado por efectivas correspondencias, capaz de vincular a todos los seres mediante intercambios de fuerzas eróticas; gracias a aquellos vínculos, el ámbito de lo humano se enlaza con el mundo divino. En *De magia*, Bruno llama al mago *sabio con capacidad de obrar*. Más que un dominio o

⁷ Culianu, *Eros y magia en el Renacimiento*, 63.

manipulación de fuerzas físicas o espirituales, la magia se yergue como la capacidad de percibir y reconocer los vínculos, como la capacidad de modificar y restituir a través de imágenes las formas propias del sentir. La magia es una operación imaginaria y fantástica, porque es en lo imaginal donde se crean los vínculos, es el fantasma el que produce la atadura. ***Es Marte quien amuebla el mundo y suele mover los vientos.***

Los fantasmas son reflejos de nuestra sensibilidad propia, por lo que somos responsables de ellos y de su constante evaluación. Porque podemos modificarlos, dirigirlos hacia lo más alto, tornarlos del negro al **VerdeAzul** con un **BesideYou**, volverlos solares para aumentar la luz con la que habitamos el mundo. En eso consiste la práctica mágica y alquímica: en cazar nuestros fantasmas, reconocer el vínculo y descubrir el misterio de su hechizo. Aprender a reconocer la propia estructura simbólica y el entramado que la compone nos colocará en el dominio de uno mismo, nos ayudará a una transformación del alma a través del conocimiento, a una renovación infinita de la vida. Para estas dos artes, el cosmos es vida, y la vida es generación eterna, por lo que el mundo encuentra su alimento en su propia destrucción.

Como magos, debemos obrar para una apropiación de nuestra alma y, según la sentencia del amor hereos, la única manera de conseguirlo es muriendo. Es vivificando una y otra vez, en la afirmación misma de esos fantasmas melancólicos, en ese dejarse inundar por el caos y la tiniebla donde reclamamos nuestra condición de magos y alquimistas. Porque la melancolía también estaba ligada al poder de contemplación, como ya Ficino, siguiendo a Macrobio y Proclo⁸, afirmaba. Saturno, el astro de la desgracia, también es el del genio: desvincula con fuerza el alma de las apariencias y le abre los secretos del cosmos. Mediante las pruebas de la melancolía, le confiere al hombre una sensibilidad más aguda, el don de la clarividencia.

En el *De vita sana*, uno de los libros en los que Ficino mezcla medicina y astrología, dice que para curar la melancolía que debilita tanto al cuerpo como al espíritu mismo, hay que seguir el precepto de Galeno de no esforzarse por eliminarla toda a la vez y de un solo golpe, pues no sea que suprimiendo la parte más líquida y sutil, quede un residuo más denso y bastante más seco. Ha de procederse, por el contrario, poco a poco, para que cualquier residuo se torne más blando y pueda ser desechado⁹. De modo que el principio para la terapéutica ha de ser entregándose al fantasma melancólico, pues sólo en esa putrefacción biliosa, en esa

⁸ V. Culianu, *op. cit.*, 83.

⁹ Ficino, *De vita sana*, 42.

muerte, ha de recuperarse el origen, se ha de renacer. Como se afirma en el *Poimándres* del *Corpus herméticum*: sólo en el perpetuo morir y renovarse es posible la generación.

La noción fundamental de la alquimia era que cada sustancia puede destruirse y crearse según un arte secreto. Dado que la naturaleza puede transformarse por varios caminos, existe la creencia de que el hombre puede transformarse igualmente. Así, la alquimia no era considerada solamente como el arte que buscaba descubrir el elixir o *piedra filosofal* que convirtiera cualquier sustancia en oro, sino que era considerada también la doctrina de la vida que se renueva, el arte de las transformaciones del alma, de los procesos interiores, teniendo por objetivo una maduración espiritual a través de la transformación o renacimiento del artista. El alma era tratada como una *materia* que había que purificar, disolver y cristalizar de nuevo.

Las concepciones de la alquimia derivan de las teorías astrológicas, de ahí que el plomo, el metal de Saturno, represente el estado impuro y caótico, bruto y quebradizo del metal, cuya opacidad y densidad se asemeja al estado melancólico del hombre. Por eso no sorprende, como señala Agamben, que la melancolía se haya identificado con la *Nigredo* de los alquimistas, el primer estadio de la *opus magna*. En contraposición está el oro, el metal del Sol, que expresa la perfección, la culminación de la obra. Dice Ibn' Arabi: *el oro representa el alma en su estado original y sano, que, sin trabas ni nubes, puede reflejar el espíritu divino de acuerdo con su propio ser; el plomo, por el contrario, representa su estado enfermo, empañado y muerto*.¹⁰ Secretamente, el fantasma melancólico ha capturado un destello de lo que puede poseerse sólo a condición de perderse para siempre en las aguas biliosas.

Así procede el alquimista, según el lema *solvet et coagula*: disuelve las concreciones imperfectas del alma, las reduce a su materia y las hace cristalizar de nuevo en una forma más noble¹¹. Los fantasmas melancólicos han de meterse a la crátera, al vaso hermético bien sellado, para evitar que las fuerzas que se desarrollan en su interior escapen y se malogre la obra. Después ese vaso ha de ponerse sobre el atanor para comenzar la cocción. Con la *putrefactio* y descomposición total que se produce con la melancolía, se sustraerá la materia. Mediante el *albedo* o blanqueo, se limpiará y purificará. Por la *rubedo* o enrojecimiento, que es la culminación de la obra, se le dará un nuevo color, una nueva forma: obtendremos el fantasma solar.

¹⁰ Titus Burckhardt. *Alquimia. Significado e imagen del mundo*, 67.

¹¹ *Ibid.*, 71.

Llamo fantasma solar al oro que resulta del proceso, pues tanto las prácticas alquímicas como las mágicas no son más que la ayuda en el alumbramiento de la conciencia, en la transformación del caos al orden. (*Como cuando MariaLuisa me cubre con sus brazos de pluma y el mundo deja de girar.*) En cuanto se vislumbra que todo fantasma es una sombra, se comenzará a ver que no es algo ajeno a nosotros y que tenemos la capacidad de transformarlos, de metamorfosear esa visión triste y sombría en la que nos ahoga, a una visión más clara y luminosa que impulse la conciencia a esferas superiores, al equilibrio interior, a recuperar esa luz infusa de la que habla Ficino, aparentemente perdida.

El propósito de la terapéutica no es eliminar ni rechazar los fantasmas melancólicos, sino transformarlos, volverlos claros y a nuestro favor. Aprender a limpiar el alma de tinieblas y negruras, pues al blanquearla y elevarla obtendremos grandes milagros: se encenderá de nuevo en nuestro espíritu aquella luz divina que en otro tiempo se ofuscó, pero que se llama nuestra otra mitad. El círculo habrá de contemplarse, el andrógino renacerá, y entonces el hombre estará consciente de su condición mediadora, porque comprenderá hacia abajo y hacia arriba, porque podrá acceder a la contemplación del orden del cosmos en un movimiento que es descendente y ascendente. No hay una curación final, porque la característica de los fantasmas es el movimiento, no dejan de crecer y metamorfosearse.

El pensamiento filosófico, mágico y alquímico del Renacimiento tenían una orientación a la renovación de la vida, a la transformación y perfeccionamiento interior; a un saber profundo sobre sí mismo, pues conocerse a uno mismo es conocer al cosmos y construir una vida en armonía con él. De modo que la dignidad del hombre, otra de las preocupaciones de estos pensamientos, se redimía con su posición de intermediario, de lazo y coyuntura del universo.

Ficino había nacido bajo el signo de Saturno, era melancólico él mismo y un curador de saudades. Su obra busca tácitamente que el hombre se vuelva mago, que practique la alquimia y se vuelva cazador de sus fantasmas, porque sólo en su aprehensión se le develan los símbolos y vínculos que le originan. En otras palabras, sólo conociendo nuestra propia estructura fantástica dejaremos de ser esclavos de las imágenes, transformaremos los fantasmas en aras de una vida que ilumine y dé claridad, de una obra que corresponda al cosmos.

Ficino escribió recetas para llevar una vida sana y preceptos para la fabricación de talismanes, pero sobre todo se preocupó por reencontrar nuestra otra mitad, la luz infusa, por medio del autoconocimiento. Hoy ya no creemos en fantasmas, espíritus ni en el alma del

mundo; no escuchamos nuestro nombre en las estrellas ni hacemos talismanes o conjuros. Parecemos un poco más des-almados, rechazamos lo inexplicable, lo caótico sin saber que también puede ser la corriente que nos conduzca al camino bañado en oro. *La obra alquímica está con nosotros y en nosotros; y porque se halla siempre en nosotros, siempre estará presente, estemos donde estemos, en la tierra o en el mar.*¹²

Hay fantasmas que se arraigan tanto a la existencia que resulta imposible no vivificarlos más de tres veces por día. Cuento de horror: el hombre que amé se convirtió en fantasma y yo soy el lugar de sus apariciones.¹³ || A dicho fantasma le debo el pase a los íferos, pero al mismo tiempo toda la claridad, el discernimiento y la agudeza de alma. Sin saber cómo terminará, si acaso hay un fin, puedo decir que es mi fantasma favorito porque me impulsó a la más hermosa transformación, porque me pintó el mundo de **Verde**, pero sobre todo, porque a pesar de sus transformaciones, de su estancia sin estar, permanece y orienta mi acción hacia la belleza.

Bibliografía.

- Agamben, Giorgio. *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental*. España: Pre-textos, 2006.
- ----- *Ninfas*. España: Pre-textos, 2007.

¹² Hermes Trismegisto, *El libro de los siete capítulos*.

¹³ Juan José Arreola.

- Aristóteles. *Acerca del alma*. Madrid: Gredos, 2008.
- Burckhardt, Titus. *Alquimia. Significado e imagen del mundo*. Barcelona: Pre-Textos, 1994.
- Castiglioni, Arturo. *Encantamiento y Magia*. México: FCE, 1947.
- *Textos herméticos*. España: Gredos, 1999.
- Couliano, Ioan. *Eros y Magia en el Renacimiento*. España: Siruela, 1999.
- Ficino, Marsilio. *De amore. Comentario a "El Banquete" de Platón*. Madrid: Tecnos, 2001.
 - ----- *Tres libros sobre la vida*.
- Priani, Ernesto. *De espíritus y fantasmas. Ensayos sobre magia y teoría de la sensibilidad en el Renacimiento*. México: Edere, 2003.